



ROBERTO GUERRERO AYALA (1936 - ----)



Nació el 8 de mayo de 1936 en el 144 de la empedrada calle Guerrero, en pleno centro de Zamora, la ciudad michoacana que décadas después lo recibiría en su Salón de la Fama.

Resulta difícil no detenerse en esa curiosa coincidencia entre el nombre de ese rincón de Michoacán, su primer apellido y el adjetivo que tranquilamente se le puede aplicar al modo en que se ha plantado frente al mundo a lo largo de sus 78 años de vida: Guerrero, Guerrero, Guerrero.

Antes de que este libro se sumerja en el inmenso océano de fechas, viajes, anécdotas, películas, cantantes, canciones, lágrimas de Pelé, momentos familiares, personajes de la realeza, grandes actrices, noches de bohemia, memorables jornadas futbolísticas y tardes taurinas que anidan en esa privilegiada fábrica de recuerdos que es la mente de Don Roberto, hay que subrayar algo fundamental: “Don Rober” tiene muchos amigos. Muchos. Y sin ellos este libro no hubiera sido posible, sin ese cariño que varios de ellos le han dispensado abierta y generosamente durante décadas.

A veces como aprendiz y a veces como maestro, el tercer hijo de Antonio Guerrero y Glafira Ayala ha sabido rodearse de gente capaz de enseñar y aprender, una habilidad que mostró claramente al dar sus primeros pasos como adolescente, cuando a los 15 años aceptó la proposición de su querido maestro de primaria, Francisco Elizalde —“él me enseñó a amar el lenguaje”—, quien el 18 de febrero de 1951 lo puso por primera vez frente a un micrófono para narrar, desde el Estadio

Juan Carreño (en tres años se iba a inaugurar el Campo Moctezuma), el partido Zamora vs Irapuato.

Llegué al periodismo de rebote, de milagro. Cuando mi papá murió, me propuse no dejar trabajar a mi mamá y empecé a estudiar la carrera de contador, la misma de mi padre, pero nunca terminé. Yo trabajaba en una ferretería y un día estaba platicando en una esquina con un amigo y pasó Francisco Elizalde. Se paró y le ofreció a Ramón Villanueva, mi amigo, chamba como auxiliar de contador en la radio, pero él le dijo que no podía. Volteé y le dije: 'Le entro'.

Un día, el señor Raúl Ochoa, que era el cronista deportivo, faltó a un partido y entonces me dijo Pancho –a quien considero como mi segundo padre–, que si me animaba y dije que sí. Pancho me dio uno de esos micrófonos antiguos y pensé que lo había hecho para que se lo detuviera cuando en eso empieza el partido y simplemente dije: '¡Órale, me lo aviento!'

Cinco hermanos le dieron a Roberto sus padres. Los conventos a los que se fueron sus hermanas Graciela y Glafira, sumados a la mudanza de su hermano Antonio a los Estados Unidos, acercaron al pequeño Roberto a Martha, la pequeña, quien pronto también se iría para convertirse en monja. Así, la infancia Don Roberto transcurrió entre exigentes estudios con los salesianos, el cariño por los libros, la geografía y la historia, las aventuras de Dick Turpin y amigos como Aurelio Prado, Roberto Silva o Rodrigo Ramos, compañeros del Instituto Cristóbal Colón.

La fuerte presencia de la religión en el seno familiar encaminó al joven Roberto rumbo a tres seminarios cuando rondaba los 10 años. Su vocación no era la más sólida –“definitivamente no era mi vida”– y no tardaría en abandonar el camino del sacerdocio, aunque sin tener muy claro qué quería ser en la vida y mucho menos imaginarse que su voz iba a narrar para México cientos, tal vez miles de jugadas a lo largo de 12 Copas del Mundo.

Mi vocación no era ser comentarista deportivo, primero porque no sabía que existiera esa profesión y porque no había televisión todavía. La radio apenas comenzaba a tener presencia.

Antes de partir al vecino país del norte, su hermano Antonio le hizo, tal vez sin saberlo, un maravilloso regalo: el amor por la música.

Mi primer contacto con la radio [escuchábamos mucho la W] fue a través de mi hermano Antonio, quien era muy aficionado a la música. Él fue el primero que llevó discos a la casa, entre ellos algunos de Agustín Lara y Pedro Vargas. Gracias a él desarrollé el gusto por la música. En el seminario, a la hora de la comida, no estaba

permitido hablar y nos ponían música clásica. Ahí conocí a Mozart, Chopin, Beethoven...

De su padre, Antonio, quien falleció en 1948, conserva con total nitidez una anécdota maravillosa de la jornada en que la familia conoció “la luz de día”.

Mi padre tenía una panadería y no tenía mucho trato con él. En 1942 o 1943, mi padre finalmente instaló electricidad para tener luz durante el día en la casa. Antes, en Zamora, un señor llamado Ruperto Herrera nos ponía la luz. Llegaba en bicicleta a las siete de la noche, metía una cuchilla, ponía la electricidad y temprano al día siguiente la quitaba. Mi padre, cansado de no dormir en la noche porque siempre trabajaba, decidió contratar luz en el día. Yo estaba muy chico y me parecía increíble llegar después de la escuela, al mediodía, y ver un foco encendido.

Entre las obligaciones hogareñas y los estudios, jamás tuvo tiempo de jugar al fútbol profesionalmente, tal vez alguna que otra “cáscara” con los amigos y poco más, pero eso no fue ningún impedimento para que el “Juego del Hombre” –tal como lo bautizó uno de sus maestros y amigos, el legendario Ángel Fernández- se le metiera a Don Roberto entre ceja y ceja. ¿Su equipo de la infancia? El Corsario de Zamora. ¿Y el Atlas? El Atlas llegaría un poco más tarde.

Con 15 años cumplidos, las transmisiones del Zamora ya eran suyas. En poco tiempo logró colocar al aire su primer programa en la XEZM: Futboleando. “Media hora al aire. Empecé a ganar algunos centavillos y así fue como se estableció mi carrera”.

La experiencia se acumulaba poco a poco en su voz, partido tras partido, maestro tras maestro, en las caravanas y entrevista tras entrevista. Se dedicaba a escuchar con atención a las grandes voces de la locución nacional, como Luis Ignacio Santibáñez y Daniel Pérez Alcaraz, recogía todos los consejos y correcciones de su maestro Elizalde y aprendía de todo su entorno.

Definitivamente los años te dan esa tranquilidad y ese desparpajo necesario para la profesión. En general, por aquel entonces había más preocupación por el lenguaje. Ahora no, esa es nuestra desgracia, porque a la mayoría de los locutores no les importa.

Y mientras pulía su estilo y sus habilidades ante el micrófono, llegaría el año de 1957 y el encuentro en un hotel de Zamora con un personaje que marcó la historia de la televisión y el fútbol en México, alguien que le daría a Roberto Guerrero, sin que ninguno de los dos lo supiera, el empujón definitivo a su carrera: Fernando Marcos.

Conocí a Fernando Marcos casi 10 años antes del Mundial del 66. En 1957 yo hacía un programa los sábados en Zamora, cuando el equipo estaba en primera división. Conseguí un permiso del Hotel Mendoza para hacer ahí el programa, con entrevistas en directo. Esa vez había ido el Toluca y el técnico era Fernando Marcos. Entrevisté a los jugadores y finalmente fui a entrevistarle a él. Yo no sabía de su carrera de cineasta, solo sabía que era entrenador. Terminó el programa a las nueve, hacía un frío del carajo, era enero. Salió Fernando Marcos con abrigo. Se paró frente a mí y preguntó mi edad. Yo tenía 21 años. Se me quedó viendo y dijo: “Usted va a llegar lejos en esta profesión”. A mí no me importó nada, no sabía en ese momento quién era Fernando Marcos.

En medio de los rumores de que esos nuevos armatostes llamados televisores estaban por llegar a Zamora con toda la intención de revolucionar para siempre el entretenimiento de todo el mundo, trayendo hasta la cómoda sala de una familia las imágenes en movimiento de actrices, futbolistas o cantantes, Roberto, sin planearlo, estaba en el lugar y tiempo indicados. Su vida y la historia de la televisión en México corren paralelas desde entonces.

Cuando transmití el Mundial en 1966, no podía creer que era parte de ese mundo. Sabía que era parte de la historia. ¡Estaba en la televisión, no lo podía creer!

Noviero en la adolescencia –“era un muchacho muy inquieto”, reconoce con una sonrisa–, cinéfilo en toda regla que iba y venía a los cines Ocampo u Ópera de Zamora, dueño de un olfato innato para detectar los grandes clásicos -El tercer hombre, de Orson Welles, ocupa un lugar especial en su particular Olimpo fílmico-, admirador confeso de leyendas como Pedro Infante (uno de sus grandes ídolos) o Arturo de Córdova, de Errol Flynn y Cantinflas y de la belleza sin tiempo de Ingrid Bergman –“lloré en Casablanca”, admite sin ruborizarse–, el joven Guerrero sonrío ampliamente al recordar los encuentros que tuvo con algunos de ellos, en especial cuando, muchos años después, entrevistó a una hermosa mujer de la Época de Oro, el rostro de la pantalla grande nacional que más lo cautivó.

Silvia Derbez era una mujer muy guapa, pero no más que Elsa Aguirre, a quien me tocó entrevistar cuando ya estaba grande. Yo le dije esa vez que había sido el sueño de mi vida y me pidió que la siguiera recordando joven y bella. María Félix la odiaba porque la gente decía que era más guapa que ella.

Desde chico ya era capaz de distinguir entre lo malo y lo bueno. Era muy selectivo.

A sus 24 años, Roberto pondría en juego esa capacidad de seleccionar y distinguir lo que importa en la vida. Y lo iba ser su tercer Mundial de Fútbol, el de Brasil, cumplirá 54 de casado con Doña Marta Fernández Álvarez.

Roberto, Marta y su familia

En la puerta de su casa en Guadalajara, a unos cuantos minutos del Estadio Jalisco, puede leerse un conmovedor mensaje: “La Casa de los Abuelitos”.

Cuando tuve la oportunidad de entrar en la intimidad de la vida de Don Roberto Guerrero Ayala, esas mañanas y tardes de 2013 que pasamos charlando frente a la grabadora en la sala de su hogar, fui un privilegiado testigo de la complicidad, los profundos lazos y el cariño que se profesan él y Doña Marta, su esposa, los iniciadores de una gran familia que ya suma nueve nietos y dos bisnietas (“Las gemelitas”), familia que tiene su innegable epicentro en ese cálido hogar donde descansan los incontables recuerdos de una pareja que ha sabido tomarse de la mano durante más de medio siglo a través del nacimiento de sus cuatro hijos (Roberto, Gloria Martha, María Gabriela y Luz Angélica), viajes por Europa, largas noches bohemias rodeados de amigos, poesía y humor, mudanzas de ciudad, conciertos de André Rieu, corridas de toros y partidos de fútbol.

Ella, Doña Marta, es una michoacana que practica una inconmensurable amabilidad hacia quienes la rodean, aunada a un profundo orgullo por la trayectoria de su esposo. Mientras nos preparaba cafés o una Coca-Cola con hielo, se dedicaba a escuchar prudentemente la entrevista y, si surgía algún dato o alguna anécdota, subía las escaleras y volvía con fotografías, reconocimientos, diplomas, premios, en fin, todo aquello que pudiera refrescar la memoria de Don Roberto o ilustrar el momento justo, por ejemplo, en el que realizaba una entrevista a nivel de cancha o narraba un partido desde las tribunas de madera del estadio zamorano. Buena parte de ese material que cariñosamente Doña Marta nos puso en la mesa después de ir a escudriñar archiveros, cajones y armarios de su casa, forma parte central de este libro, el cual pretende ser, en buena medida, un homenaje a esa vida en pareja que amorosa y pacientemente han construido Marta y Roberto.

Pero, ¿cómo empezó a conquistar el corazón de Marta? La anécdota es maravillosa, y es ella quien la recordó a la perfección.

-La primera canción que me dedicaste al aire fue “Violetas imperiales”, de Luis Mariano. La pusiste el 1 de mayo de 1955.

-Cierto. En Serenata solo para ti, que transmitía en la XEGT, con ese programa enamoré a mi mujer, Martita.

Me casé con Marta en Tangancícuaro, Michoacán, en la Parroquia de la Asunción. El 26 de noviembre de 1960. Nos casó el obispo de Zamora, Gabriel Anaya. Ella tenía 17 años y yo 24. Nuestro 50 aniversario lo celebramos en la Basílica de Zamora, bellísima, en el Santuario de Guadalupe.

Dios me dio una familia y una esposa maravillosa. Siempre ha estado conmigo. Mis hijos me recibían con mucho cariño después de los viajes que tenía que hacer y nunca hubo ningún problema por mi actividad, al contrario, han sido un gran apoyo. Eso nos ha mantenido unidos hasta la fecha.

A Roberto, su primogénito, lo recibí en brazos en agosto de 1961, y como sucede con tantos otros momentos de su vida, es asombrosa la claridad con la que le vienen a Don Roberto las fechas, los lugares y los detalles.

El parto fue en el Hospital Civil de Zamora. El médico encargado fue Alfonso C. Íñiguez, el mismo que me trajo al mundo a mí. Ese día yo estaba muy nervioso dando vueltas por el hospital fumando y el médico me dijo que el parto se iba a alargar y recomendó que fuera al cine a pasar el tiempo. La película que vi ese día fue Vecinos y amantes, con Kirk Douglas y Kim Novak. Cuando regresé el doctor me dijo: "Todo está muy bien, su señora está bien y su hijo también. Salió gritando gol". Al año siguiente nació Gloria Martha y María Gabriela casi un año y nueve meses después, y por último Luz Angélica, la más chica, dos años después.

Rojinegro seré

El Atlas. La Academia. La Furia Rojinegra. Los Catedráticos. El equipo que nació para sufrir. El equipo generación tras generación seduce a miles de seguidores que se precian de ser, ante todo, amantes del buen fútbol de toque, precisión y compañerismo y poco o más bien nada obsesionados con los títulos. Incluso aseguran que les importan poco, que con uno, el que ganaron en 1951, les basta. Son una nación estoica. Y Roberto Guerrero orgullosamente forma parte de esa nación.

Cuando el Atlas jugaba contra el Zamora iba siempre en su contra. Pero con el tiempo me fui haciendo amigo de los jugadores que habían mandado al Zamora (José Cornejo, Roberto Masciarelli o Fernando Barrón, Guillermo "El Negro" del Valle, y empecé a ver el fútbol del Atlas. En aquella época no había televisión, así que tenía que ir a Guadalajara para poder ver al equipo. Y desde el primer momento me enamoraron. Me encantaba cómo jugaban. No puedo decir que soy atlista desde que nací porque no es cierto, y su primer campeonato ni lo celebré. Cuando me hablan de los 11 títulos de Chivas yo me defiendo y les pregunto: ¿Cuántas veces se tiene que coronar a un rey? Con una coronación es suficiente, ¿no?

Ser del Atlas lo ha curtido, pero sin dramas. Don Roberto ha visto surgir de sus filas a decenas de importantes figuras para el balompié mexicano y luego volar a otras tierras, entre ellos un querido paisano, el ex barcelonista Rafael Márquez. La historia del Káiser que ganó dos Copas de Europa con el FC Barcelona se repite una y otra vez en el Atlas.

Los equipos chicos fortalecen a los que tienen dinero, así ha sido siempre. En el caso del Atlas es la historia de toda la vida. Siempre han tenido problemas porque suelen vender a sus mejores jugadores para subsistir.

Cuando uno es del Atlas tiene que tener una concha muy gruesa, ser como un armadillo, tener mucho cariño por el equipo y ser paciente, porque no nos queda de otra. Yo no soy de esos aficionados que sufren por su equipo, suelo ser muy frío. Me gusta que ganen, que jueguen bien, pero no me gusta sufrir.

Y mientras aún humeaba el café que nos acababa de traer su esposa, le pido a “Don Rober” que exprima su memoria y su sapiencia futbolística y deje constancia en este libro de cuál es, para él, el Once Ideal del Atlas, en mayúsculas.

Su cariño por los Rojinegros pudo más que su intachable rigor periodístico y nombró a más de 11:

EL MEJOR ATLAS DE LA HISTORIA

Raúl Córdoba, “El inglés” y Héctor Brambila como porteros; defensas centrales: Felipe Zetter, Roberto Masciarelli, Jesús del Muro y Guillermo “El Campeón” Hernández; laterales: Ignacio “El Gallo” Jáuregui y Pável Pardo. Mediocampo: Pepe Delgado, José Luis “El Pillo” Herrera, Juan Pablo Rodríguez, Javier Novello y Bernardino García; delanteros: Adalberto “Dumbo” López, Antonio “El Niño” Flores y Alfredo “Pistache” Torres.

LA ÉTICA DE DON ROBERTO

¿De qué se trata el periodismo? De siempre dudar, de preguntar, de documentarse, de sentir pasión por la información y tener la capacidad de transmitirla de la mejor manera al público. Don Roberto tiene un estricto código ético que no aprendió en ninguna universidad.

“Cuando me llega una información, siempre la contrasto. Hace muchos años, en la Plaza de Toros Nuevo Progreso, llegó una persona y me aseguró que había muerto Conchita Cintrón [rejoneadora peruana nacida en Chile]. Ella vivía en Portugal y yo tenía su teléfono, así que decidí llamar a su casa para ver si era verdad. Fue la misma Conchita la que me contestó. Acabé con ese rumor. Si no confirmas una información no se puede compartir”.

Viejo bucanero de los medios, Guerrero Ayala trabajó con los teletipos y hoy se maravilla de lo que puede lograr con Google.

“Me gusta Internet, es una herramienta estupenda; para nuestra actividad es muy útil. Cuando hago mis programas musicales o deportivos me facilita mucho el trabajo

aunque, a pesar de todo, mi gran guía es mi amigo Alfredo Crespo, mi asesor en temas musicales, quien tiene una memoria increíble y me habla a la radio cuando tengo una duda. Además, suelo revisar periódicos de otros países: de España, el Marca y el As; cuando es Argentina, me meto a la web de Olé; para la información de Brasil, entro a O Globo y también voy al Corriere dello Sport [Italia]. Para la información deportiva de México reviso las webs de El Universal, Excelsior o La Afición, que son buenas”.

Como cualquier profesional (que levante la mano el que no) también ha cometido algunos errores.

“Un día el Zamora jugaba en Veracruz y yo tenía que llamar desde la cabina de la estación a la cabina que transmitía desde Veracruz para preguntarle al operador cómo iba el partido. Hasta el minuto 42 del segundo tiempo el Veracruz ganaba 3 a 1, así que dije al aire que el Zamora había perdido..., pero después me enteré que el Zamora le había dado la vuelta en el último minuto y ganó 4 a 3. Me disculpé al día siguiente”.